



La abdicación del Director O'Higgins en 1823

Breve reseña histórica de la Política chilena

Por

ALBERTO EDWARDS

Con fotografías

I

Independencia

Es sabido que la independencia de las colonias españolas tuvo por resultado la formación, en el continente americano, de diversas naciones nuevas que, casi sin excepción, quedaron entregadas a la más deplorable anarquía. Sabemos también que Chile,

nuestra patria, fué la primera de esas Repúblicas que logró organizarse regularmente, muy pocos años después de haber sacudido el yugo español.

Las causas del desorden eran las mismas en todas partes. Sometidas al régimen monárquico absoluto, sus gobernantes eran, por lo regular, españoles y los criollos carecían, por lo tanto, de toda experiencia política. Las masas populares, compuestas de indios y



Don Diego Portales, el organizador de la República

mestizos semi-bárbaros e ignorantes, no estaban en estado de practicar el régimen republicano. Además, las comunicaciones eran difíciles y los territorios extensos y poco poblados, lo que hacía casi imposible la unión y acuerdo de las fuerzas sociales, dispersas y empapadas en odios y rivalidades lugareñas. Por último, en muchos de estos países, las familias más ricas e influyentes habían sido partidarias del régimen colonial y después de la Independencia se encontraron arruinadas, perdieron su situación o se expatriaron, como sucedió en México y en el Perú.

Resultado de esto fué que el poder cayó en América en manos de militares ambiciosos y aventureros de todo género, sin más prestigio que la fuerza o el charlatanismo. La revuelta armada fué el medio usual de transmisión del mando, y bajo el nombre de Repúblicas, estos países no tuvieron otro Gobierno que el despotismo militar, moderado por la insurrección.

II

Ventajas materiales y sociales de Chile

La más pobre y atrasada de las colonias españolas de América fué muy luego la más or-

denada y por lo tanto la más próspera y feliz de las nuevas Repúblicas.

Chile era un país muy pequeño, que se extendía en angosta faja entre los Andes y el Pacífico, desde Copiapó por el norte hasta el Bío-Bío, que formaba la frontera araucana, por el sur. El mar facilita las comunicaciones. Eso era importante, sobre todo en aquel tiempo, cuando no había aún ferrocarriles y nos proporcionó muy luego una gran unidad de intereses y afectos.

Además, el territorio chileno, situado por entero dentro de la zona templada, presentaba una gran homogeneidad en su clima y producciones. La raza era en todas partes la misma. El elemento europeo puro, predominaba en las clases elevadas de la sociedad y el pueblo, aunque formado de mestizos, hablaba el español y se había asimilado en parte las costumbres y la religión de los conquistadores. Su ignorancia, con todo, era extrema y ruda su incipiente civilización, y, sin duda, no era tampoco capaz de gobernarse a sí mismo, según la teoría del régimen republicano.

No había en Chile entonces sino una ciudad que mereciera el nombre de tal: Santiago. Las demás no eran sino aldeas o pequeños pueblos de cuatro o cinco mil habitantes, como La Serena y Concepción.

Santiago encerraba casi toda la gente culta y prestigiosa del país, la que constituía una especie de sociedad aristocrática, unida por los lazos de la sangre, por la amistad y por intereses comunes, y cuya influencia era inmensa en la parte más poblada del territorio, llena de valiosas propiedades, cuyos dueños residían en la capital o estaban ligados a la clase dirigente.

La organización política de nuestro país fué un hecho el día en que la alta sociedad chilena, cuyo centro era Santiago, logró dominar a los elementos de desorden.

III

La dictadura de O'Higgins

En casi todas las Repúblicas hispano americanas el poder cayó primeramente en manos de los generales que habían dirigido las campañas de la Independencia.

El más ilustre de éstos era en Chile don Bernardo O'Higgins, a cuyo esfuerzo se debió, en parte principal, la victoria de Chacabuco.

que el 12 de febrero de 1817, libertó al país del dominio español. Pocos días después O'Higgins fué investido del mando supremo, que conservó por seis años casi completos.

El Gobierno de O'Higgins fué absoluto, a pesar de algunas fórmulas republicanas de aparato con que se pretendió adornarlo.

La dictadura ha sido una de las peores plagas en el nuevo continente. La falta de preparación de estos pueblos para gobernarse por sí mismos, les ha obligado a entregar con frecuencia sus destinos en manos de un solo hombre. El régimen ha producido en varias ocasiones buenos resultados aparentes y hasta pueden citarse casos en que no ha sido posible adoptar otro. Pero la dictadura personal tiene un grave inconveniente: el de no estar fundada sino en el prestigio y el valor de un individuo. Muerto o derrocado éste, no queda sino el caos y el desorden. Lo que ocurre actualmente en México es una elocuente prueba práctica de lo dicho. Algo por el estilo sucedió también en Chile cuando en 1823 fué obligado a dimitir O'Higgins.

IV

La era de los pípiolos

La demagogía es peor aún que la dictadura. Por hermosas que resulten en los libros y como tema de frases las doctrinas de la democracia pura, el hecho es que en la América española no se ha construido todavía nada sólido fundado en ellas.

Por supuesto que en Chile, como en los países vecinos no han faltado filósofos y pensadores que hayan presentado como un abuso y una usurpación todo Gobierno, que no sea el del pueblo por el pueblo. Pero cada vez que se han querido llevar a la práctica estas ilusiones seductoras, el resultado ha sido una merienda de negros, y a la postre se ha concluido por caer en el otro extremo, que es la dictadura.

La república pura exige para ser correctamente practicada, pueblos muy respetuosos del derecho ajeno y de la ley, capaces de comprender sus verdaderos intereses, bastante cul-



Asesinato de don Diego Portales en 1837



El Presidente don Manuel Montt

tos para no caer fácilmente en las redes del primer charlatán ambicioso, que lo seduzca con frases sin sentido o con promesas irreales, y bastante conscientes de sus derechos para impedir que ellos sean atropellados por la fuerza o el dolo.

No adornan, por desgracia, estas virtudes a las masas populares del nuevo mundo español y de allí el constante fracaso práctico de las muchas tentativas democráticas que en él se han ensayado.

Este fué el caso de Chile en 1823. El pueblo se creía libre porque vociferando en las calles contribuía a derribar Gobiernos, pero nunca fué más incierta y precaria su situación. El poder no estaba en ninguna parte, y los Presidentes caían como ahora los Ministros, no por los votos parlamentarios, sino a impulsos de una poblada gritona o de un motín militar. Estó último era lo más frecuente, porque cuando los Gobiernos no se fundan en nada sólido y respetable, cualquier coronel o general al frente de unas cuantas bayonetas se cree con derecho a imponer su voluntad.

La soberanía popular será bonita como carátula de una constitución, pero cuando el

pueblo no es capaz de ejercerla, toma su sitio y su nombre el más audaz, el que más alto vocifera, el que manda más soldados o dispone de mayor número de pesos. Esta es en síntesis la historia de las calamidades hispano americanas, y Chile parecía ir por igual camino.

La alta sociedad de Santiago permanecía, en general, ajena a todos aquellos desórdenes. Ni su educación ni sus hábitos la disponían a mezclarse en alborotos. Es cierto que algunas personas cultas y de elevado rango hacían también aquella desordenada política, pero sus procedimientos eran los mismos que los de los demás. Se entendía gobernar con el pueblo, porque todos trataban de adularlo y de hacerlo servir a sus intereses, creyendo equivocadamente que la masa inculta, por el hecho de ser la más numerosa, era la gran fuerza de la nación.

Ese funesto régimen fué llamado el de los pipiolo. Algunas personas ignorantes creen que los liberales de hoy día proceden en línea recta de esos peligrosos charlatanes que vivían de la revuelta diaria, sometidos a los caprichos de la muchedumbre y de la soldadesca. Esto es hacer grave injuria al liberalismo moderno, que, si bien es cierto ha mostrado más de una vez cierta tendencia a apoyarse en las pasiones de la gente ignorante de las provincias, ha sido de ordinario un partido mucho más serio en sus procedimientos y más ordenado en su conducta política. Estudiaremos después el origen del liberalismo de ahora.

El desquiciamiento pipiolo llegó a su colmo con el triunfo de los federales, que querían que cada provincia formara una especie de Estado independiente. Como era difícil constituir un solo Gobierno, creyeron que era más sencillo organizar varios. Los seducía el progreso de los Estados Unidos bajo el sistema federal, pero olvidaron que en Chile las provincias eran absolutamente incapaces de dirigirse por sí mismas, y el nuevo régimen no fué sino la consagración de la anarquía.

V

Don Diego Portales

Don Diego Portales es el más ilustre de los políticos chilenos.

Muchos preguntarán por los libros que pro-

dujo y por las doctrinas que profesó, porque existe en los países de origen español la manía de creer que son grandes hombres los que difunden o inventan principios teóricos... aunque hayan resultado en la práctica un calamitoso fiasco.

Portales fué ante todo "el terrible hombre de los hechos".

Su acción puede dividirse en dos períodos.

En el primero dedicó sus esfuerzos a unir la alta clase social de Santiago, infundiéndole valor y la conciencia de su fuerza, hasta lograr organizarla en una oposición formidable contra el régimen de los pipiolo.

Tal fué el origen de la revolución de 1829, que dió el triunfo a los "pelucones", esto es el conjunto de los hombres de más arraigo, juicio e instrucción que había en el país. Ante el tremendo empuje de Portales, que dirigía cuanto en Chile tenía verdadera fuerza y prestigio, los jefes de Gobierno, pelucones en el fondo, se entregaron sin combatir; el poder cayó en manos de subalternos oscuros e ineptos y el régimen pipiolo acabó por desplomarse como un castillo de naipes. La batalla de Lircay, el 17 de abril de 1830, fué el sepulcro de la anarquía.

Dueño del Poder, Portales se dedicó a hacerlo fuerte y temible, a organizar la administración pública sobre bases de moralidad y de respeto, y a reprimir con mano severa el menor intento de transtorno armado o de bulanga popular.

Para consolidar el nuevo régimen era necesario restablecer la disciplina en el Ejército, que había sido el cómplice del mayor número de los escándalos que caracterizaron la era pipiolo. Con este mismo objeto armó al ciudadano, organizando la guardia nacional, estos cuerpos civiles que mandaban las personas más distinguidas de cada población. Esta genial creación fué la muerte del militarismo.

Pero el grande hombre hubo de sellar con su sangre en 1837 el triunfo de su política. En circunstancias que revistaba en Quillota un regimiento destinado a combatir por su país contra un enemigo extranjero, fué alevosamente hecho prisionero por la tropa sublevada al mando del ambicioso y desleal coronel Vidaurre, amigo íntimo de la ilustre víctima. Los cívicos de Valparaíso salieron al encuentro de los rebeldes y los derrotaron vergonzosamente en las alturas del Barón, pero

al sonar los primeros disparos del combate, un oficial beodo y corrompido, hizo fusilar al gran Ministro.

Su obra le sobrevivió, sin embargo. Portales no había cometido el error de O'Higgins. No quiso la dictadura ni para sí ni para otros. El Gobierno, en su concepto, debía ser muy poderoso, pero impersonal. Su fuerza no iba a reposar en el prestigio de un individuo, sino en el apoyo de las clases dirigentes del país, cuyo interés era el orden, el progreso, la existencia de un Gobierno sólido, garantía de la paz pública.

Por eso la muerte de Portales, lejos de transmutar su sistema, contribuyó a consolidarlo en el futuro.

La Constitución de 1833 tuvo por objeto dar forma a aquel gran pensamiento. Casi todas las facultades quedaron concentradas en el Presidente de la República, pero éste debía ejercitarlas de acuerdo con el Congreso que, en el pensamiento de los pelucones, iba a ser la reunión de todo lo más notable y prestigioso del país.

Como el poder de los Presidentes era tan grande, en la práctica fueron ellos mismos los



Don Domingo Santa María en su juventud

que eligieron los Congresos, pero nuestros hombres de Estado tuvieron, por lo general, el buen sentido de no buscar para diputados y senadores a simples instrumentos de su capricho, sino a individuos respetables, del más elevado rango social, de fortuna independiente y que merecían la confianza de sus conciudadanos.

Como se ve, el régimen pelucón no estaba fundado en ninguna doctrina abstracta. Era ante todo una buena práctica política, sin la cual el país no habría podido organizarse.

Muchos encontrarán más hermoso y decorativo un sistema en que el pueblo hubiera elegido libremente a sus gobernantes. Sin duda... Pero ¿qué habría hecho el pueblo con un derecho que no era capaz de ejercitar? Poner en subasta su voto como en el día o entregarlo gratis al charlatán más audaz y que mejor supiera adularlo. Las instituciones no pueden adelantarse al progreso de las costumbres. El olvido de esta verdad ha sido fatal a los hispano-americanos, y a nosotros mismos nos ha proporcionado más de un quebradero de cabeza.

VI

Régimen de los Pelucones

La experiencia y el éxito vienen en apoyo del régimen triunfante en 1830. Chile se levantó sobre todos los países de la América Latina. Asegurada la paz pública, afianzada la administración sobre sólidas bases, la riqueza y los progresos en todo orden de cosas fueron la recompensa de nuestra cordura.

Por largos años el sistema de Portales y de los pelucones se mantuvo casi intacto; hoy mismo lo que de él nos queda, es lo que también nos queda de orden.

“El espíritu que se encarnó en ese hombre poderoso, dice don Isidro Errázuriz, logró infiltrarse profundamente en el Estado y en la sociedad, en las costumbres y en los caracteres. Lo que él condenó y persiguió no volvió a levantar cabeza. Lo que el fundó pudo desafiar impasible la fuerza de los sucesos y la fuerza del tiempo”.

A los hechos siguió la doctrina política. El inmenso éxito obtenido por el sistema pelucón fué el origen de un partido cuyo ideal político era la conservación de ese sistema.

Los viejos conservadores no estaban inspi-

rados en un ideal religioso como los de ahora. En sus filas militaban hombres de todas las creencias. Portales tenía de todo menos de devoto, y si se le juzga por su correspondencia, era más bien inclinado a librepensador. Los clérigos solían mezclarse en la política, pero alistándose indiferentemente en las filas pipiolas y en los pelucones. Lo mismo sucedió más tarde, cuando en 1849 se organizó el partido liberal, fundado en el seno del pelucónismo.

VII

La disidencia de 1849 y origen del partido liberal

Hacia 1845 ya apenas se hablaba de pipiolos.

Don José Victorino Lastarria, que no era sino medianamente hostil a ellos, los pinta como un pequeño grupo de aventureros desacreditados, reducidos a la impotencia, y sin apoyo en la opinión pública, que los miraba con horror. El recuerdo del estupendo fracaso de su sistema y el éxito de sus adversarios, acabó por dispersarlos completamente. Entre ellos había, sin embargo, uno que otro ideólogo de buena fe, como Infante, propagandista de los principios federales, y don Pedro Félix Vicuña, eterno soñador que vivía escribiendo artículos que nadie entendía, y fraguando conspiraciones más o menos absurdas e inofensivas.

Los pipiolos, a pesar de su insignificancia social y de su desprestigio, continuaban, sin embargo, inspirando un miedo cerval. La gente temía sobre todas las cosas que lograran trantornar el orden y que el país cayera nuevamente en la anarquía, como las demás Repúblicas españolas. El Gobierno, inspirándose en esos temores, era, por lo regular, no sólo implacable ante la menor tentativa de transtorno, sino que solía extender su sistema represivo aun a las manifestaciones no sediciosas de la opinión.

Muchos conservadores creían llegada la hora en que el Gobierno, sin perjuicio de mantenerse fuerte y apoyado en los mismos principios que le sirvieran de norma hasta entonces, se manifestara más tolerante y magnánimo con sus adversarios. Estos anhelos dieron origen, aún en vida de Portales, al grupo que se llamó filopelita, y en nombre de ellos fué de-

signado don Manuel Bulnes Presidente de la República en 1841.

Todos los conservadores se unían, sin embargo, cada vez que los pipiolo intentaban la menor agitación.

Pero la paz pública aparecía más y más sólida y la corriente, que pudiéramos llamar liberal, fué tomando mayor fuerza.

En la segunda mitad del Gobierno de Bulnes se produjo una verdadera escisión en el partido dominante. El Ministro del Interior, don Manuel Camilo Vial, comenzó a formarse un grupo de amigos personales, entre los cuales había algunos de tendencias moderadas o progresistas, como se decía entonces. En las elecciones de 1849 este grupo alcanzó la mayoría en la Cámara de Diputados.

Los ultra conservadores se alarmaron y el Presidente Bulnes decidió cambiar de Ministerio.

Los partidos políticos se acentuaron mejor entonces. De una parte Vial y sus amigos y de la otra el peluconismo más intransigente, que reconocía como jefe a un ilustre estadista, heredero de las tradiciones de Portales, don Manuel Montt. Un tercer grupo, encabezado por don Manuel Antonio Tocornal, deseaba la conciliación de ambas tendencias. El Presidente recomendó a estos últimos la organización del Gabinete, que fué presidido por don José Joaquín Pérez.

Los montistas prestaron su apoyo al nuevo Ministerio, al que el grupo de Vial no tardó en hacer una violenta oposición en la Cámara de Diputados.

Entretanto, algunos agitadores, empapados en las máximas revolucionarias, intentaron agitar a las masas contra el sistema político

dominante. Aunque los vialistas estaban muy lejos de participar de tales opiniones subversivas, creyeron que podían aprovechar del entusiasmo popular, como de una arma de combate en contra del Gobierno, y muy luego aparecieron amparando y aun alentando los progresos de la demagogia.

Esto acabó por desconcepcionarlos ante el grueso de la opinión, que antes que nada quería sosiego, y no tardaron en perder la mayo-

oría de la Cámara de Diputados, que era su verdadera fuerza. Los moderados, a su vez, fueron inclinándose al partido de Montt, y el Presidente puso el Gobierno en manos de don Antonio Varas, lugarteniente de aquel político.

Don Manuel Montt fué elegido Presidente de la República, y la oposición se lanzó a la revuelta. Después de 4 meses de guerra civil, la batalla de Loncomilla decidió el triunfo del Gobierno.

Los vencidos de 1851 fueron la base del futuro partido liberal. Estaba éste compuesto de elementos heterogéneos, aunque predominaban en él los conservadores, que sólo se distinguían de los partidarios de Montt por ligeros matices de opi-

nión, sin desear en el fondo un cambio radical del orden de cosas existentes. El pequeño grupo reformista y revolucionario continuó, sin embargo, acompañándoles por algún tiempo. Después veremos que acabaron por organizarse en un partido separado.

VIII

Don Manuel Montt.—Los Nacionales y la fusión Liberal-Conservadora

El primer período del Gobierno de Montt



El Ministerio fusionista de 1866.—Sentados: Don Alvaro Covarrubias y don Guillermo Blest Gana.—De pie: Don Alejandro Reyes y don Federico Errázuriz.

(1851-1856) fué próspero, tranquilo y fecundo en grandes reformas materiales y morales. La opinión pública, según lo afirma el propio Lastarria, nunca como entonces se manifestó más adicta al régimen conservador.

Pero estos mismos progresos ocasionaron muy luego nuevas perturbaciones políticas. El prestigio del Gobierno había agregado a su alrededor a muchos hombres nuevos que no pertenecían propiamente al viejo grupo conservador. Estos elementos eran adictos principalmente a don Antonio Varas, el gran Mi-

estuviesen confundidos los hombres de diversas creencias, como ocurría con el partido conservador de entonces. Don Antonio Varas, que era considerado como el principal consejero del Presidente en su política de resistencia al ultramontanismo y cuyas opiniones católicas no eran muy decididas, fué el principal blanco de los ataques de los clericales.

Unieronse éstos al fin con otro grupo conservador, que también resistía a Varas, no tanto por sus creencia religiosas, sino porque era provinciano, y porque, como hemos ya dicho, se rodeaba de gente nueva.

El Presidente hizo grandes esfuerzos por conciliar a los grupos que se organizaban poco a poco dentro del partido conservador, pero nada consiguió. Los unos pretendían el completo alejamiento de Varas y el abandono de su probable candidatura presidencial; pero los otros, fuertes en la Cámara de Diputados y en las provincias, resistían a todo trance esta pretensión.

En 1857 los conservadores más devotos y un fuerte grupo aristocrático de la capital, se separaron bruscamente del Gobierno. Este movimiento político fué el origen del actual partido conservador.

Como los nuevos opositores tenían mayoría en el Senado, don Manuel Montt tuvo que cambiar de Ministerio y organizó uno formado de todos los partidos.

Entretanto los conservadores separados del Gobierno celebraron un pacto de alianza con los liberales de 1849. El acuerdo no fué difícil, porque, como hemos dicho, no existían verdaderas diferencias de doctrina entre unos y otros. Aun los reformistas se adhirieron momentáneamente a esta alianza, en odio al Gobierno.

Este fué el primer origen de la fusión liberal conservadora. Como su nombre lo indica, no se trataba de una alianza accidental entre los dos partidos, sino que había el propósito de formar un partido único, echando al olvido las disidencias de 1849.

Por su parte los conservadores que se habían mantenido fieles a Montt y a Varas organizaron el Partido Nacional, cuya doctrina es libertad civil y tolerancia dentro del respeto del principio de autoridad y de las tradiciones constitucionales del antiguo partido conservador.

En las elecciones parlamentarias de 1858 los nacionales obtuvieron la mayoría en las dos



Don Antonio Varas, Ministro de don Manuel Montt.

nistro de don Manuel Montt, y deseaban llevarlo a la Presidencia.

Al mismo tiempo se diseñaba el conflicto religioso. El Arzobispo de Santiago, don Rafael Valentín Valdivieso, profesaba las doctrinas ultramontanas, es decir, quería la absoluta independencia de la Iglesia del poder civil, sin perjuicio de que aquella conservara su situación privilegiada dentro del Estado.

Don Manuel Montt, aunque buen católico, no podía acceder a todas las exigencias de los ultramontanos, porque en su concepto ellas iban contra la Constitución de la República y las libertades civiles que ella consagra.

Estas resistencias acabaron por desagradar al clero, y el Arzobispo deseó la formación de un partido esencialmente católico, en que no

ramas del Congreso y desde entonces los partidos opositores se prepararon para la revolución. Estalló esta a principios de 1859, pero después de cuatro meses de lucha fué vencida.

Don Antonio Varas no fué, sin embargo, Presidente. Tuvo la grandeza de alma de comprender que el país necesitaba conciliación, y que no era él, jefe de un partido vencedor en una guerra civil, quien podía traerla.

Fué, pues, elegido en reemplazo de don Manuel Montt, en 1861, un nacional estrechamente vinculado a los conservadores de oposición, don José Joaquín Pérez.

IX

Gobierno de la Fusión Liberal Conservadora Radicales y Reformistas

El Presidente Pérez nombró primeramente un Ministerio nacional de tendencias conservadoras. Quería el acercamiento de los grupos separados durante el Gobierno anterior. Pero no pudo conseguir su objeto. La Fusión Liberal Conservadora nada quería con nacionales. Los rencores estaban demasiado frescos.

Entonces Pérez se entregó a la Fusión, porque, en su concepto, este era el deseo de la mayoría del país.

El Gobierno de la Fusión fué de tendencias conservadoras en el sentido de que no se realizaran reformas constitucionales o legales que modificaran el antiguo sistema político.

En cambio Pérez fué tolerante y conciliador con sus adversarios, pues comprendía que la paz pública era ya bastante sólida, y que se habían hecho innecesarias las medidas de represión violenta.

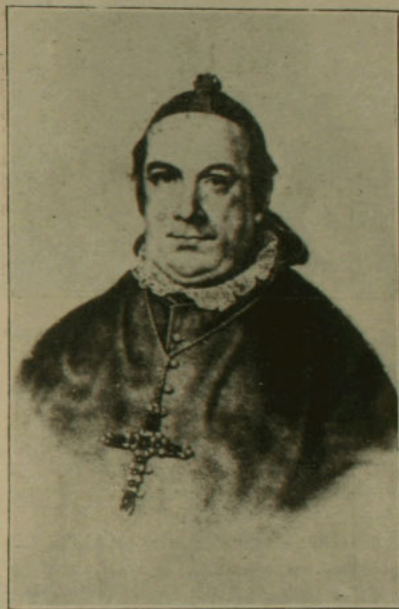
Los nacionales no estuvieron solos en la oposición. Se recordará que en el partido liberal conservador existía un grupo de verdaderos reformistas, que deseaban sinceramente un cambio del régimen constitucional a cuya sombra se había organizado el país. Los hombres que así pensaban, no aceptaron la Fusión conservadora y fueron el primitivo núcleo del partido radical, que comenzó a organizarse en 1863.

Pocos años más tarde este movimiento de reforma fué acentuándose impulsado por los ideólogos.

Qué son los ideólogos?

Son unos hombres que profesan doctrinas o

porque las leen en los libros o las forjan en su imaginación, pero que desdénan observar a su país, y darse cuenta de si son o no aplicables a sus costumbres y a su adelanto social. La práctica no vale nada para ellos. Los hechos se estréllan contra el cerebro del ideólogo. Fracasan sus sistemas y no piensan por un momento en que pueden haberse equivocado y atribuyen todo el mal a que los hombres se les han echado a perder de repente, se han



El arzobispo de Santiago, don Rafael Valentín Valdivieso.

vuelto malos y egoístas, porque las cosas no funcionan como ellos se habían imaginado.

Con un ideólogo es inútil discutir. Lo mejor es dejarlo. Es un hombre de fe, que cree estar en posesión de la verdad absoluta. Lo menos malo que le puede ocurrir al que se mete con ideólogos, es oír palabras de efecto, dichas con admirable seguridad.

Le llamarán a uno retrógrado, hombre de espíritu estrecho, sin ideales, refractario al progreso... En fin, su vocabulario es inagotable.

Pues bien, estos ideólogos, sin comprender que la prosperidad y el orden reposaban en Chile en la fuerza de la autoridad, y despre-



El Presidente don José Manuel Balmaceda

ciendo las lecciones de los hechos y de la experiencia, sostenían que la grandeza futura del país y su felicidad consistían en el debilitamiento del Gobierno, en quitarle su poder y en hacer al pueblo soberano, árbitro de sus destinos.

La juventud educada en estos principios, los adoptó con entusiasmo, y el reformismo se hizo poderoso en la opinión ilustrada. Una buena parte de la juventud nacional se separó del grueso de su partido y fué a formar con los radicales en lo que se llamó el Club de la Reforma. Algunos fusionistas siguieron el mismo camino.

Al terminar el período de Pérez, en 1871, la oposición reformista, unida a los nacionales, se encontró bastante fuerte para presentar batalla en las urnas a don Federico Errázuriz, el candidato de la Fusión Conservadora. Pero Errázuriz, ayudado por el Gobierno, triunfó.

X

Fin de la Fusión.—La Alianza Liberal

La Fusión no iba tardar en disolverse. En su seno existían tres corrientes: una clerical, otra laica conservadora, que se denominó des-

pues liberal de Gobierno y una tercera que simpatizaba en parte con los reformistas.

Errázuriz rompió con los conservadores en 1873. La causa principal de esta ruptura fué la cuestión de enseñanza. El Ministro conservador don Abdón Cifuentes, quiso hacer válidos los exámenes de los colegios particulares para optar a títulos universitarios. Errázuriz accedió al principio a efectuar esta reforma, pero hubo de retroceder ante la protesta de los liberales. El señor Cifuentes se retiró entonces del Ministerio y los conservadores pasaron a la oposición.

El Presidente buscó entonces el apoyo de reformistas y radicales y en 1875 quedó constituida la Alianza Liberal.

Por desgracia, entre las reformas que exigieron a Errázuriz sus nuevos aliados, se encontraban algunas que tendían a destruir la autoridad del Gobierno y la fuerza de las mayorías. La que más funestos resultados produjo fué el voto acumulativo, ensayado por primera vez en las elecciones parlamentarias de 1876. Sin tomar en cuenta que el objeto del Gobierno es gobernar, los ideólogos del reformismo querían dar fuerte representación en el Congreso a las minorías, que están interesadas en perturbar el Gobierno.

Además, este sistema del voto acumulativo permite que cualquier grupo, por débil que sea, pueda elegir representantes. La cosa estaba, pues, mandada hacer para destruir la disciplina política y multiplicar las fracciones y, por tanto, la anarquía.

Fué lo que sucedió.

XI

Desquiciamiento del Partido Liberal

La Alianza Liberal apenas tuvo luna de miel. En marzo de 1876 se ensayó el voto acumulativo y en septiembre del mismo año entró a la Presidencia don Aníbal Pinto.

Se encontró el nuevo mandatario con un Congreso en que campeaban seis partidos liberales además del conservador: liberales de Gobierno, reformistas, errazuristas, fusionistas, nacionales y radicales.

Se inauguró el sistema de las crisis ministeriales, la gran conquista práctica del reformismo.

Pinto tuvo 7 ministerios en 5 años. Para

comenzar no era malo... Ya después nos las darían de perlas.

El gran anhelo de los estadistas honrados de entonces fué procurar la unión de todos los liberales. Y es lo que estamos esperando desde hace cuarenta años.

Es que los partidos liberales carecían de verdadera unidad doctrinaria. Su criterio no era el mismo para resolver las cuestiones de Estado. Los liberales de Gobierno en sus diversos matices y los nacionales querían evitar reformas bruscas del sistema establecido cuarenta años atrás por la Constitución de 1833. Los reformistas y radicales, por el contrario, deseaban el cumplimiento más o menos íntegro del programa del Club de la Reforma, y una sincera libertad electoral.

En el sentido científico había, pues, dentro de la común acepción de liberales, conservadores y progresistas. Era, pues, bastante difícil que se entendieran.

El partido conservador, separado del Gobierno en 1873, adoptó a su vez en política las doctrinas reformistas más radicales. Como era minoría y sus adversarios estaban en el poder, deseaba el debilitamiento de este último.

Todo esto traía gran confusión, y como hemos dicho el período de Pinto transecurrió en continuas crisis ministeriales.

Sucedió a Pinto don Domingo Santa María, distinguido político de tendencias autoritarias. El nuevo Presidente se separó de los radicales y no hizo caso alguno de los reformistas. Ambos partidos se lanzaron muy luego a una cruda oposición, apoyados por los conservadores.

De la época de Santa María datan las reformas teológicas. El Gobierno logró, mediante ellas atraerse a algunos de sus adversarios, o por lo menos alejarlos de una alianza con el partido conservador.

Pero apenas hubo pasado el período de los debates religiosos, la oposición se desencadenó más poderosa que nunca.

El país no comprendía sino a medias lo que estaba ocurriendo. Incapaz de profesar verdaderas doctrinas políticas, el liberalismo de la mayoría no era sino una manifestación de indiferencia religiosa y de antipatía al clericalismo. Estos sentimientos, muy fuertes en la masa ignorante de las provincias, no son bastante poderosos en las clases dirigentes para unirlos y disciplinarlos. El liberalismo así entendido es, pues, una excelente bandera electoral, pero no un sólido instrumento de Gobierno.

XII

Balmaceda y la revolución de 1891

Los liberales de Gobierno y los nacionales eligieron sucesor de Santa María a don José Manuel Balmaceda, antiguo liberal reformista, que había apoyado, sin embargo, a Santa María y desempeñado por cerca de cuatro años el Ministerio del Interior.

Balmaceda resistía ahora las reformas radicales que fueron el sueño de su juventud. Estaba ahora convencido como la mayoría de los liberales de Gobierno y los nacionales, de que era, por el contrario, útil robustecer el principio de autoridad.

Por desgracia, su Gobierno transecurrió en medio de una serie no interrumpida de crisis ministeriales. Gobernó al principio con los dos partidos que lo habían elevado...



Entrevista de Balmaceda con los jefes de la oposición, en que anunció que estaba resuelto a "llegar hasta el fin".

Llamó en seguida a los liberales de oposición, que se llamaban entonces sueltos... y después, habiendo éstos chocado con los nacionales, formó un Ministerio sólo con liberales de Gobierno... Más adelante rompió con los nacionales, y entonces vino un nuevo Gabinete formado de los otros dos grupos liberales y en que tuvo cabida un radical. Pero la nueva combinación no fué más duradera que las anteriores. El Presidente se disgustó con los sueltos y quiso volver a la combinación de gobiernistas y nacionales con que inició su Gobierno.

Estos frecuentes cambios habían destruido la confianza de los partidos en el Presidente, y los nacionales, con algunos liberales de Gobierno afectos a ellos, se unieron con sueltos y radicales e impusieron a Balmaceda en octubre de 1899 un Ministerio, en que estaban representadas todas las fracciones liberales.

El Ministerio de octubre cayó en enero de 1890, a causa de un voto de la Cámara que fué interpretado como hostil a los liberales de Gobierno. Balmaceda formó entonces un Gabinete presidencial, que no contaba con mayoría en el Congreso. Así iba encendiéndose el conflicto que tuvo al año siguiente tan terrible desenlace.

Los conservadores se habían mantenido como simples espectadores de la contienda de los liberales. Tanto el Presidente como los partidos de oposición procuraron entonces atraérselos.

Los conservadores exigieron en cambio de su adhesión radicales reformas políticas, tendientes a debilitar la autoridad del Gobierno. Era este su interés como partido de minoría.

Querían los conservadores la ampliación del voto acumulativo, la independencia de las Municipalidades y una ley de elecciones que quitase toda influencia al Presidente.

Balmaceda no quiso subscribir a estas reformas y los conservadores se plegaron a la oposición.

Al abrirse el Congreso en junio de 1890, el Presidente anunció que iba a presentar un proyecto de reforma de la Constitución de 1833. En su concepto, la anarquía de los años anteriores era ocasionada por el sistema parlamentario, que obliga al Presidente a nombrar sus Ministros de acuerdo con las Cámaras. Según la reforma en proyecto las Cámaras tendrían la facultad de hacer las leyes,

y el Presidente la de ponerlas en ejecución con independencia del Congreso.

Los partidos de oposición, lejos de aprobar estas ideas, apenas comenzaron las sesiones ordinarias, declararon que el Ministerio no merecía la confianza de las Cámaras y que no despacharían la ley que autoriza el cobro de las contribuciones (ley que según la Constitución debe dictarse cada dieciocho meses) mientras el Presidente de la República no nombrara un Ministerio parlamentario.

Este conflicto apasionó extraordinariamente los ánimos, sobre todo cuando algunos días después, vencido el plazo de la ley de contribuciones, el Gobierno quedó sin autorización para cobrarlas.

Al fin Balmaceda pareció ceder, y fué organizado un Ministerio formado por personalidades tranquilas de todos los partidos, el cual obtuvo el despacho de la ley de contribuciones.

Dos meses más tarde se produjo un desacuerdo entre el Presidente y sus Ministros, renunciaron éstos, y fueron reemplazados por otros, hostiles a la mayoría parlamentaria.

El conflicto se hizo más agudo que antes. El Presidente no convocó al Congreso para que discutiera la ley de presupuestos, y el 1.º de enero de 1891 declaró que efectuaría los gastos públicos sin estar legalmente autorizado para ello.

La agitación pública fué inmensa y el 7 de enero la escuadra nacional se sublevó, autorizada por la mayoría del Congreso, con el objeto de restablecer el régimen constitucional. Balmaceda contestó a la revolución, asumiendo la dictadura.

La guerra civil duró más de siete meses. Las batallas de Concepción y la Placilla le pusieron término. La revolución había triunfado, por primera vez en Chile después de 1830.

XIII

La era contemporánea

Los vencedores, cumpliendo las promesas hechas al partido conservador, realizaron la reforma del régimen municipal. Desde el año anterior había sido también reformada la ley electoral y ampliado el voto acumulativo.

El poder del Presidente de la República quedó con ello muy quebrantado, y el Go-

bierno pasó a la mayoría de las Cámaras.

Conocida es la monótona y aburrida historia de nuestra política contemporánea. Seis partidos, además de los grupos que se forman momentáneamente, se disputan la dirección del Gobierno.

Todas las combinaciones han sido ensayadas sin resultado.

El país continúa llamándose liberal, pero ya hemos dicho que este liberalismo no responde a ninguna doctrina política, sino que es un modo de expresar las creencias religiosas de la gente.

En provincias se es liberal, como se es católico, pero no va unida a aquella expresión ningún criterio de Gobierno.

¿Será capaz el país de llegar a formarse alguno? De temer es que nó...

De tiempo en tiempo, cuando se aproximan las elecciones, salen las banderas, las doctrinas y las frases a entusiasmar a las multitudes... y luego después todo vuelve a quedar como antes... dándonos vuelta alrededor del círculo vicioso, en que tiene encerrados a los partidos la escasa cultura del mayor número...

Y si alguien se levanta en nombre de un verdadero principio político... por ejemplo, el de la restauración de la autoridad, dicen que ese alguien no tiene doctrinas...

Lo he oído decir de mi partido a personas que saben leer y hasta se ponen sombrero de pelo...

Estamos en el período teológico... pero aun dentro de él... hay mucho ruido y pocas nueces...

La teología misma no es sino un recurso

electoral. Para ser diputado o senador hay que entusiasmar con algo a los candorosos provincianos.

Al grueso público le agrada la carne de cebra y los asuntos de religión... y se le da gusto: se entiende que con discursos y bambolla y nada más...

Las ideas políticas y constitucionales del viejo liberalismo se encuentran olvidadas y perdidas en el polvo de su estúpido fracaso.

Además, ¿qué haríamos hoy con ellas? Destruir la autoridad? ¿Cuál? si ya no queda ninguna...

No queda de todas esas ilusiones desvanecidas sino frases, palabras y en el corazón de la plebe un sentimiento obscuro, grosero, un odio, una idea infecunda, negativa, como la muerte, el mal, la obscuridad, la noche y el frío.

.....

Sin embargo, el país se ilustra más de día en día... ¿No será llegado el momento en que se agite e interese por cosa de más substancia, por un objetivo nacional?

¿No sería ese objetivo el de poner término a la anarquía?

Sin Gobierno ninguna reforma puede ser realizada.

Hay que principiar por el principio, o al menos tener la cordura de comprender que puede haber doctrinas políticas fuera de las gastadas y apolilladas, que en ruido y en frases han dejado transcurrir treinta años de nuestra historia, dando simples vueltas alrededor de una misma dificultad sin resolverla.

